

Este es el mundo que yo he visto
 con los ojos — y con el alma —
 que me ha enseñado a amar y a sufrir,
 a luchar y a esperar, a morir.
 Este es el mundo que yo he visto
 con los ojos — y con el alma —
 que me ha enseñado a amar y a sufrir,
 a luchar y a esperar, a morir.
 Este es el mundo que yo he visto
 con los ojos — y con el alma —
 que me ha enseñado a amar y a sufrir,
 a luchar y a esperar, a morir.
 Este es el mundo que yo he visto
 con los ojos — y con el alma —
 que me ha enseñado a amar y a sufrir,
 a luchar y a esperar, a morir.

En la hostería.

Este es el mundo que yo he visto
 con los ojos — y con el alma —
 que me ha enseñado a amar y a sufrir,
 a luchar y a esperar, a morir.
 Este es el mundo que yo he visto
 con los ojos — y con el alma —
 que me ha enseñado a amar y a sufrir,
 a luchar y a esperar, a morir.
 Este es el mundo que yo he visto
 con los ojos — y con el alma —
 que me ha enseñado a amar y a sufrir,
 a luchar y a esperar, a morir.

Y así exclamó el amigo, maestro de perfidia,
en tono lírico y burlón:

¡Pequeño mundo de la envidia,
de la maldad y la pasión;
pequeño mundo de la insidia,
del egoísmo y la murmuración!

¡Surtida caja de miserias
que en su menuda pequeñez
esconde duelos y lacerias
en una cáscara de nuez!

Todo es fingido y retocado,
amor, belleza, juventud,
todo inferior y falseado:
el vicio como la virtud.

Aquí la química está usada
como un recurso de ilusión;
hay rubias de agua oxigenada;
rubores hay de quita y pon.

Ellos, de orgullo son un fardo;
mas se sorprende en su disfraz
la espuela de oro de Bayardo
en los tacones de Gil Blas.

Ellas son búcaro de hechizos,
pero no ven, en su candor,
que se distinguen los postizos
en el peinado y el honor.

—Mi viejo amigo, buenas noches!

—Adiós, hermoso querubín...

¡Qué gran comedia de fantoches
en un tablado chiquitín!

¡Qué divertidos escarceos
de simpatía y de piedad!
¡Qué maliciosos cuchicheos,
y qué sonrisas de amistad!

Este es soldado, aquél teósofo,
éste tahir, artista aquél;
y un comerciante, y un filósofo...
¡Si es una torre de Babel!

Como se tienen desconfianza,
si la tertulia se animó
hablan de ensueño y esperanza...
pero se cuidan el reló.

Siempre dispuestos al viaje
nunca abandonan su inquietud;
y tienen listo el equipaje
lo mismo que la ingratitude.

Su afán de vuelo se concreta
a preguntar cuándo hay vapor,
y a sepultar en la maleta
un desencanto y un amor.

¡Triste montón de infortunados
en el que juntos van también
algunos pobres expatriados,
a quienes miran con desdén!

Todos llevamos una herida
y la queremos ocultar;
aventureros de la vida,
excomulgados del hogar.

¡Qué miserable es, y qué mustia,
vida sin fe, verdad, ni amor;
pequeño mundo de la angustia,
de la maldad y del dolor!

Canción callejera.

Despierto.—Estoy entre la sombra. Miro
 entrar por el balcón la luna llena.
 Pienso en mi larga soledad; suspiro.
 Es media noche: una guitarra suena
 en la calle. Y escucho una serena
 voz de mujer que canta...

En mi retiro,
 por acallar y entretener mi pena,
 versos ajusto al caprichoso giro
 de la vulgar y frívola canción.
 Y dice:

—Corazón,
 esconde tu ilusión;
 mira que si huye tal vez ya no vuelva;
 la noche es medrosa, profunda la selva,
 y la ilusión tiene alas, corazón.

Yo abrí la jaula un día,
 y el pájaro se fué. Mi alma sentía
 afán de que volviese la ilusión.
 ¡No ha de venir! Y tengo todavía,
 como jaula vacía,
 de par en par abierto el corazón!

Febrero, 3, 1916.

La vida a bordo.

A Manuel.—A Eduardo.—A Leopoldo.

I

MEDIA NOCHE

No cantan las olas; parece que gimen:
y cuando en la calma solemne del mar,
los flancos del buque golpean y oprimen,
parece que ansían llorar.

En la gran llanura, negra y cristalina,
se extiende una blanca senda de esplendor,
por donde mi sueño camina, camina,
en busca del último amor.

Por sobre cubierta pasa un marinero,
lo escucho en voz baja cantar.

Yo miro los astros, diciéndoles: — «Quiero
ser como vosotros: ver el mundo entero,
por ver solamente mi hogar.»

La luna en creciente, cual vaso de acero,
colgada del clavo de luz de un lucero,
alumbra la enorme tristeza del mar.

II

MEDIODIA

Es un cuadro de género: — Hay dos bancas vecinas: en ésta, están dos frailes de cerquillo y cordón; en aquélla, tres monjas, como tres golondrinas, murmuran, al unísono, la inocente oración.

Y — ¡Oh Fortuny, si vieras! — en medio de las bancas, la tiple madrileña y el torero andaluz; como en baile gitano, luciendo ella las ancas; y él en *pose* como enfrente de invisible testuz.

Mediodía. Mar lento. Los frailes franciscanos inclinan los cerquillos, y de soslayo ven; y, en las cruzadas mangas escondidas las manos, las santas religiosas curiosean también.

La calma de la hora, la luz, el mediodía, el sople del pecado, la buena digestión, dan a los rostros místicos un aire de alegría, y en cada padrenuestro y en cada avemaría encienden un fragante grano de tentación.

Yo miro el lienzo:

Grises horizontes lejanos,
el viejo buque henchido de placidez y luz;
musitar de oraciones, y decires livianos;
tres monjas apacibles, dos frailes franciscanos,
una maja de Goya y un torero andaluz.

III

VESPERTINA

Seda blanca es el mar; se mueve como un seno de mujer a quien incita levemente el deseo. La onda agita su pálido perfil de terso plomo.

Entre la niebla gris no hay un asomo de inquietud. En la bóveda infinita, la estrella de la tarde es margarita de plata, en el ocaso policromo.

Desde mi silla de cubierta miro anochecer. En el salón el piano preludia. Escucho junto a mí un suspiro,

y, absorta en el crepúsculo lejano, está una rubia de ojos de zafiro con un tomo de versos en la mano.

IV

ÉXTASIS

Cielo blanco; mar negro. Y una estrella que brilla, con orientes de perla, sobre azul nubarrón; y la paz de la noche, tan solemne y sencilla, tan acariciadora para mi corazón.

Mi espíritu está en éxtasis ante la maravilla de infinito y misterio. Y se adormece, al son de las olas, mi pena, como dócil chiquilla que escuchase en la cuna la materna canción.

Y mi pobre alma siente, mientras mira y se asombra, el secreto apacible de un jardín en la sombra. ¡Ruisenior del recuerdo, ya empezaste a cantar!

Se ha cansado la vida; se ha dormido la pena, y mi ser se diluye, con ternura serena, en lo claro del cielo y en lo obscuro del mar!

V

TENTACIÓN

Malagueña que tienes trastornado al pasaje,
con tus ojos de ónix y tu cara trigüeña,
y el andar voluptuoso de tu cuerpo, que enseña
provocativas curvas bajo el lino del traje;

el galán que te sigue, como a dama su paje,
en hacerte la corte cual ninguno se empeña,
y a pesar de que a todos tu altivez los desdeña,
quizás bordes con éste tu aventura de viaje.

Mientras, graciosamente, con tu mano pequeña,
clavas el áureo broche—que es artístico encaje—
en la fosforescente negrura de tu greña,

las miradas furtivas cometen el ultraje
de desnudar tu cuerpo, lasciva malagueña,
cuya hermosura tiene trastornado al pasaje.

VI

VISIÓN BIBLICA

Por la cubierta, como por un corredor largo,
después de la comida, los pasajeros van:
cerró la noche, espesa de bruma, y, sin embargo,
los dorsos de las ondas fosforesciendo están.

Una alegría falsa despierta del letargo;
el *flirt* eterno junto a una Eva y un Adán;
y charlan la *miss* rica y el joven sobrecargo,
la célebre *divetta* y el viejo capitán.

¡Pequeño mundo que anda flotando en el abismo,
extracto de miseria, de mal y de egoísmo,
y jaula de pasiones que vienen y que van!

La previsión del Arca de Noé, aquí se explica,
oyendo al sobrecargo *flirtear* con la rica
y viendo a la *divetta* lucir al capitán.

VII

AVENTURA

En el verde menta de las olas, brinca
—repujado argento—la espuma, hecha luz,
y en el horizonte, color de pervinca,
se juntan y funden lo verde y lo azul.

¡Mañana de mayo, divina mañana,
toda colorido, toda resplandor,
que esfumas en blanco la costa lejana
en el tenue friso granate del sol!

Guarecido, anoche, bajo puerta oscura,
en la calle sola de la gran ciudad,
me dieron un largo beso de ternura,
al fulgor ardiente de la tempestad.

¿Quién me hizo la dulce dádiva sincera?
Unos labios frescos y un fiel corazón;
la mujer, que, acaso, será la postrera;
quizás mi tranquila y última ilusión.

Llovía. Yo estaba libando en los rojos
labios tentadores, la miel de un panal.
La luz del relámpago, ponía en sus ojos,
una pincelada de lumbre ideal.

Y mientras el rayo tronaba en los cielos
y, gris y sonoro, caía el turbión,
todas mis tristezas, todos mis anhelos,
estaban pendientes de un beso de amor.

Después... Recorrimos la «Quinta Avenida»,
nos paramos frente de cada cristal;
y hablamos de amores, de ensueño y de vida,
entre las penumbras del «Parque Central».

Y en una caricia, y una ansia, y un ruego,
hicimos proyectos sobre el porvenir;
me dejó en el «muelle»; me dijo: ¡Hasta luego...!
y a mi camarote me vine a dormir.

¡Ciudad estupenda, de lucha y ahinco;
ya no he de olvidarme de la tempestad:
de la calle oscura (la sesenta y cinco),
la «Quinta Avenida» y el «Parque Central»

¡Mañana de mayo, mañana divina,
toda colorido, toda resplandor,
que velas la blanca costa neoyorkina,
donde se ha quedado mi última ilusión ..!

VIII

LA MAMA DE LA DIVA

La mamá de la diva, de volumen grotesco,
monumental abdomen y perfil de tonel,
levanta la cabeza con orgullo simiesco,
cual si ostentase una corona de laurel.

A paso de tortuga sale a tomar el fresco;
su majestad recorre el vapor, porque en él,
ella es la reina madre, del desfile histrionesco,
en el que, como todos, representa un papel.

El netezuelo viene; es un niño de fina
elegancia; la abuela, por besarlo, se inclina;
—figuraos a un monstruo soplar sobre una flor—;

Y yo digo:—Esta rosa—¡qué misterio profundo!—
viene de la ballena, cuyo vientre echó al mundo o
por divino milagro, a un gentil ruiseñor...!

IX

EN EL COMEDOR

El viejito que come junto a mí, y está enfermo,
me ve con sus vidriosas pupilas apagadas,
que son como dos cuentas de azabache, incrustadas
en un rugoso estuche de piel de paquidermo.

¡Qué malos son sus ojos; su espíritu, qué yermo!
¡Qué vida seca y torpe denuncian sus miradas!
Es la vejez del ogro de los cuentos de hadas;
un Falstaff con reuma; un Calibán con muermo.

¿Quién eres tú, viejito, tan solo y tan huraño?
¿Qué feroz aventura, qué romance de antaño
escondes en ese aire malévolo y glotón?

Y vas en este buque—¡Oh, andrajo de la suerte!—
como si te llevase, con rumbo hacia la Muerte,
por la brumosa Estigia, la barca de Carón.

X

PENSAMIENTO MATINAL

El vidrio azul y despulido de las
olas, al sol de la mañana, brilla.
La nublazón, remota y amarilla,
es cortinaje de doradas telas.

¡Visión de inmensidad, que me revelas
lo frágil y pequeño de mi arcilla!
¡Mar fúlgida, alta mar, mar sin orilla,
al asombrarme, cómo me consuelas!

Huye mi alma a ras del oleaje,
cual pájaro veloz de leve pluma,
y la tristeza que a la vida traje,

se desvanece frente a ti, se esfuma,
y es sombra de vapor... como el celaje;
fantasma de cristal... como la espuma.

CONSINA

FRANZISKO MARIN

Faded text on the left page, likely bleed-through from the reverse side.

Vespertina.



En los barrios bajos.

Faded text on the right page, likely bleed-through from the reverse side.

A FRANCISCO VILLAESPESA

En la dorada tarde, en un divino
crepúsculo de agosto—que a las cosas
da un matiz nacarado y cristalino,
cual si estallara el cielo vespertino
en polvo de diamantes y de rosas,
impenitente soñador camino.

Voy por las calles de Madrid. Me enredo
en mi divagación hasta que, a un paso,
miro cómo el incendio del Ocaso
se asoma por la Puerta de Toledo.

¡Ah, templo carcomido, fuente vieja,
quebrado pavimento, sucia plaza,
portal sombrío, enmohecida reja,
qué evocadora presentáis la traza!
Algo, la vida que se va, nos deja
en el alma, en el hierro o en el muro:
el tiempo, al avanzar, su rastro obscuro,
y el tramonto del sol, su luz bermeja.

Huele a taberna, a sordidez, a incuria.
 (El urbano suburbio es siempre el mismo.)
 Pasan mujeres de ojos de lujuria,
 hombres que ven con insolencia y furia,
 y ancianos que hacen gestos de cinismo.
 La pared triste, aquí y allá, se alegra
 —en angostos balcones mal dispuestos—
 con una línea de floridos tiestos
 que es un festón en la fachada negra.

No es de estas gentes la miseria, fosca;
 en correr tras el pan, no llevan prisa,
 y aderezan su gracia, ágil y tosca,
 con una suave y natural sonrisa.

De pronto, hacia mí viene
 una chicuela de los *barrios bajos*,
 que tiene dulce la mirada, y tiene
 limpios, cual la mirada, los andrajos.
 En el rubio trigal de sus cabellos
 y en su cara que enciende la delicia
 de unos ojos tan claros y tan bellos,
 la luz crepuscular pone destellos
 que parecen hacer una caricia.

Y la muchacha muestra, de mí enfrente,
 cierta infantil curiosidad. De hito

en hito, me está viendo. Y, de repente,
 me pregunta atrevida y sonriente,
 —«¿Usted no es madrileño, señorito?»
 —«No—le respondo—. Y dime, criatura;
 ¿Por qué crees que no soy de esta tierra?»
 —¡Toma!—dice la audaz—; por la figura.»
 Y a ofrecerme *La Corres* se apresura,
 insinuando:—«Hay noticias de la guerra!»
 Y aquí terminan cuento y aventura.
 Eché unas *perras gordas*, como pago,
 en la mano extendida y descuidada,
 y me acordé del inocente halago
 del cura del Pilar de la Oradada.

Mariposa de harapos, ¿en qué flores
 de vicio, un día libarás las mieles
 del deseo? Los años son crueles
 y nos roban muy pronto los candores.
 ¡Pobre niña que vas, cándida y sola!
 Don Juan acecha y Celestina ríe...
 Te pone el sol de Ocaso una aureola,
 y la tarde en sus oros te deslíe.
 Tu belleza es gentil, pero no fuerte,
 lirio de amor, que cubren los andrajos.
 El Ogro está escondido y va a comerte
 Caperucita de los *barrios bajos*.
 Nombre a los míos, y me asalta el miedo;
 en mi fatal divagación me enredo...

Ya es una sombra en el confín la niña.
 Y yo, con ansias de llorar, me quedo,
 mirando la aridez de la campiña
 que asoma por la Puerta de Toledo.

Madrid, agosto 1916.

La elegía del retorno.